

*Mokhtar Mohatar*  
*J. A. López*

# EL RIF

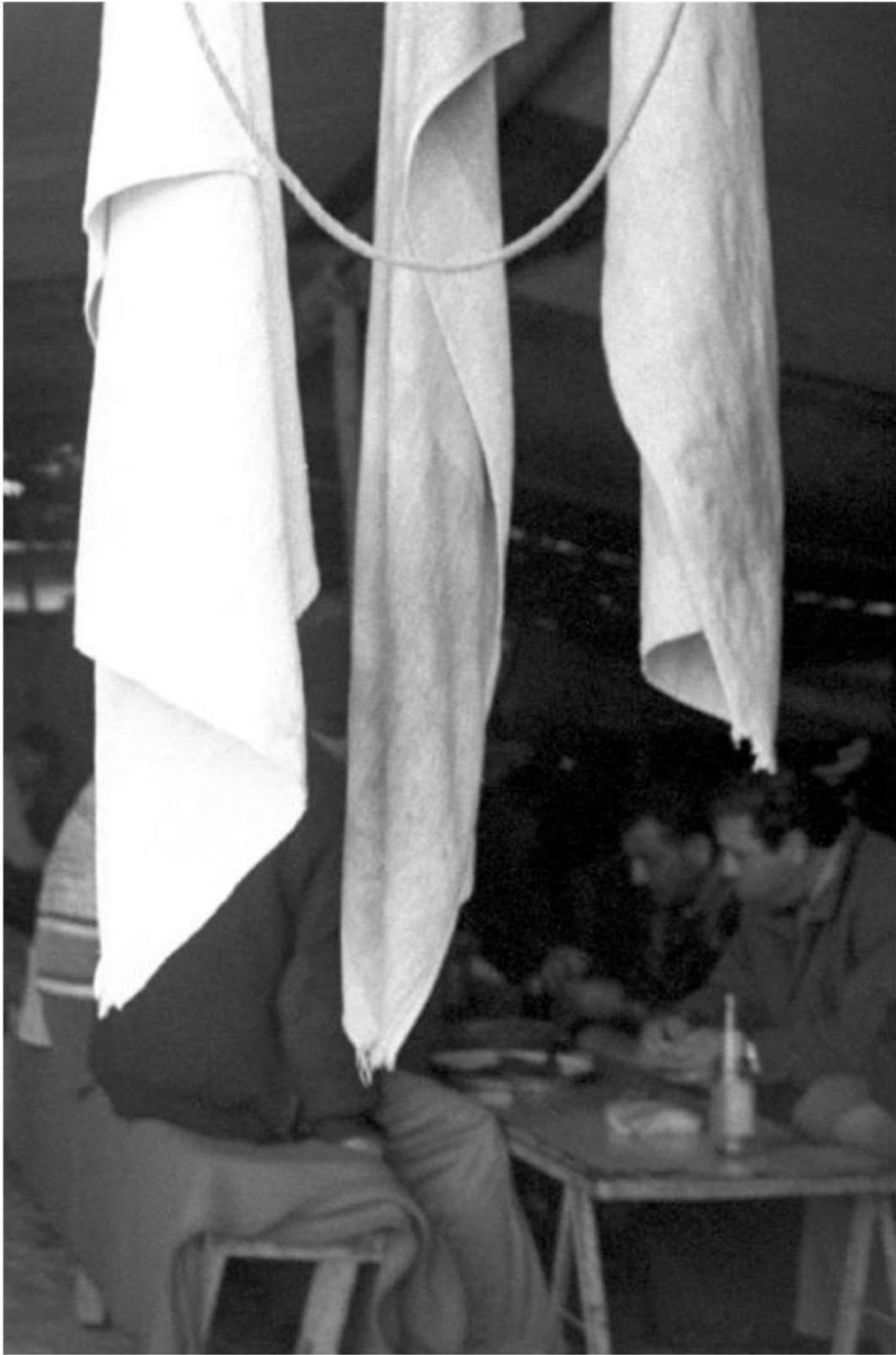


vagamundos

## Notas

- 1 Pedro Chalmeta. *El “señor del zoco” en España. Edades media y moderna. Contribución al estudio de la historia del mercado.* Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1973:81-82.
- 2 David M. Hart. *The Aith Waryaghar of the Moroccan Rif: an Ethnography and History.* University of Arizona Press, 1976.
- 3 Jean León Africain. *Description de l’Afrique.* París, E.Leoux, 1997. Ed. De Ch.Schfer:89-ss.
- 4 Ibn Kaldhûn. *Discours sur l’histoire universelle. Al-Muqaddima.* Beirut, 1968, tomo II: 814.
- 5 Jean François Troin. *Les souks marocains. Marchés ruraux et organisation de l’espace dans la moitié nord du Maroc.* Aix-en-Provence, Edisud, 1975.
- 6 Jean François Troin. *Atlas des souks du Nord Marocain.* Rabat, 1972, plancha 15.

**El Rif**



# *Horizontes Biográficos*

El viaje inicial se torna tortuoso, poco a poco va virando sobre sí mismo, como si quisiera seguir la misma senda de la carretera que nos lleva a nuestro destino. La idea con la que partimos choca de bruces con la realidad, lo que aparentemente nos ofrecen los zocos nada tiene que ver con lo que realmente son. Cada recodo, cada tramo de carretera, cada emplazamiento va modificando nuestro planteamiento inicial.

El zoco, a priori, tan sólo nos parece un mercado más, acentuado, eso sí, por el exotismo del del lugar. Quizás lo que más nos llama la atención tras un largo viaje en barco y una extenuante sucesión de taxis y esperas es que los productos que encontramos allí son los mismos que dejamos en casa, la música suena igual y las televisiones reproducen los mismos programas. Tomamos consciencia entonces de que estamos un poquito más allá. Tan solo a un puñado de kilómetros.

Desde comienzos del año 2000 hemos visitado gran parte de los zocos de la región del Rif. Situados en distintas ubicaciones, tienen una importancia dispar; unos resurgen con fuerza tras un prolongado letargo, languidecen otros, moribundos, ante la mirada resignada de sus lugareños. Vamos recorriéndolos todos, mezclándonos con la gente, viajando y compartiendo con ellos, empapándonos y, sobre todo, disfrutando con sus historias, para poco a poco ir componiendo nuestra imagen del lugar.

Así escuchamos infinidad de relatos, grandes historias

enriquecidas por siglos de tradición oral, sobre la ubicación de los zocos y sus porqués, los cambios acaecidos durante el protectorado, escuchamos relatos sobre el modo en que los lugareños acudían para comercializar sus productos, sobre el espacio de sociabilidad que estos lugares dispensan, relatos sobre personajes célebres ahora desaparecidos, etc.

Mientras tanto, intentamos captar todo lo que nos rodea. Cientos de fotos y docenas de horas de conversaciones, registradas a modo de inventario, constituyeron nuestros primeros acercamientos a los zocos. Pero no tardamos en comprender que todo lo acumulado no reflejaba lo que estábamos viviendo, que con un inventario no lograríamos comprender lo que actualmente está en juego en la región del Rif.

A partir de entonces el trabajo dió un giro importante; en vez de partir del zoco fuimos abordándolo a través de la gente que vivía de él o para él. Paradójicamente tuvimos que salir del zoco para comprender qué ocurría en el mismo.

De esta forma, los porteadores de la frontera, los artesanos o los agricultores cobraron una dimensión distinta, empezamos a verlos y a tratarlos como padres, maridos, amigos... Dejamos de centrarnos en los aspectos de su trabajo para hacerlo en sus expectativas, sus nostalgias o sus sensaciones.

Al margen de otras consideraciones, las imágenes que mostramos a continuación, así como los textos que las acompañan, pretenden transmitir nuestra mirada sobre este mundo tan cercano y tan lejano a la vez. Ahora, mientras leéis esto, quizás nosotros estemos recorriendo esas carreteras y vericuetos de nuevo, intentando averiguar dónde y cómo acaban estas historias.

## *De la frontera a los zocos*

La frontera. Una franja de escasos metros, vital para la vida de los habitantes de la zona. Lugar de paso donde sólo podemos apreciar caos, gritos, carreras, peleas, mujeres aburridas tumbadas bajo la sombra de un árbol; una franja que atravesamos infinidad de veces para visitar los zocos de la región, en un principio sin conceder importancia a lo que allí ocurre: miles de hombres y mujeres transportando grandes fardos de mercancías que, a la postre, acaban suministrando parte importante de los productos que pueden encontrarse en los zocos de los alrededores.

Pero es a través de nuestras visitas a los zocos cuando comprendemos la importancia de la frontera, por eso cada



vez nos resulta menos indiferente, hasta el punto de que ya no nos limitamos a cruzarla, sino que se convierte en parte del estudio. Ahora seguimos a los porteadores, trabajamos como ellos, fotografiamos su trabajo desde dentro; entonces nuestra percepción se transforma y lo que antes era caos ahora aparece más ordenado: las peleas son los avisos a los transportistas para advertirles del momento preciso en el que tienen que cruzar, la extensión de las manos de los aduaneros es un impuesto personal que posibilita el incumplimiento de un impuesto estatal, las mujeres aburridas bajo los árboles no son sino la larga espera para poder cobrar.

Hay rumores, y con ellos disminuye el trabajo, se avecinan tiempos de cambio. Los pequeños porteadores comienzan a notar los efectos. Si nos llevó tiempo comprender que el contrabando Melilla-Benienzar y los zocos de los alrededores no se pueden dissociar, más fácil nos ha resultado comprender que con la instauración de la zona de libre comercio no será necesario el contrabando y la gente de la frontera tendrá, de nuevo, que buscarse otra forma de ganarse la vida.

*Cuaderno de campo:  
Melilla-Benienzar Noviembre 2000*



«Hoy he hecho dos viajes,  
por cada uno de ellos me han dado 60 dh»

«Me he levantado a las tres y media de la madrugada, y, tras tomar un té y un bocadillo de aceite, me he ido a la frontera para guardar cola, pues es importante estar muy temprano si quiero hacer varios viajes al día (...). Hoy he hecho dos viajes, por cada uno de ellos me han dado 60 dh (...). Como yo nos encontramos muchas mujeres, en cuyos ingresos se apoya la familia. Nos conocemos de vista, de hablar durante las largas esperas en la cola, son mujeres como yo, que han llegado de todas partes de Marruecos para instalarse en la zona porque era un sitio donde había trabajo».

*Fadila, 48 años*  
*Porteadora, viuda y a cargo de cuatro personas*  
*Originaria de Fez e instalada en Benienzar en 1992*



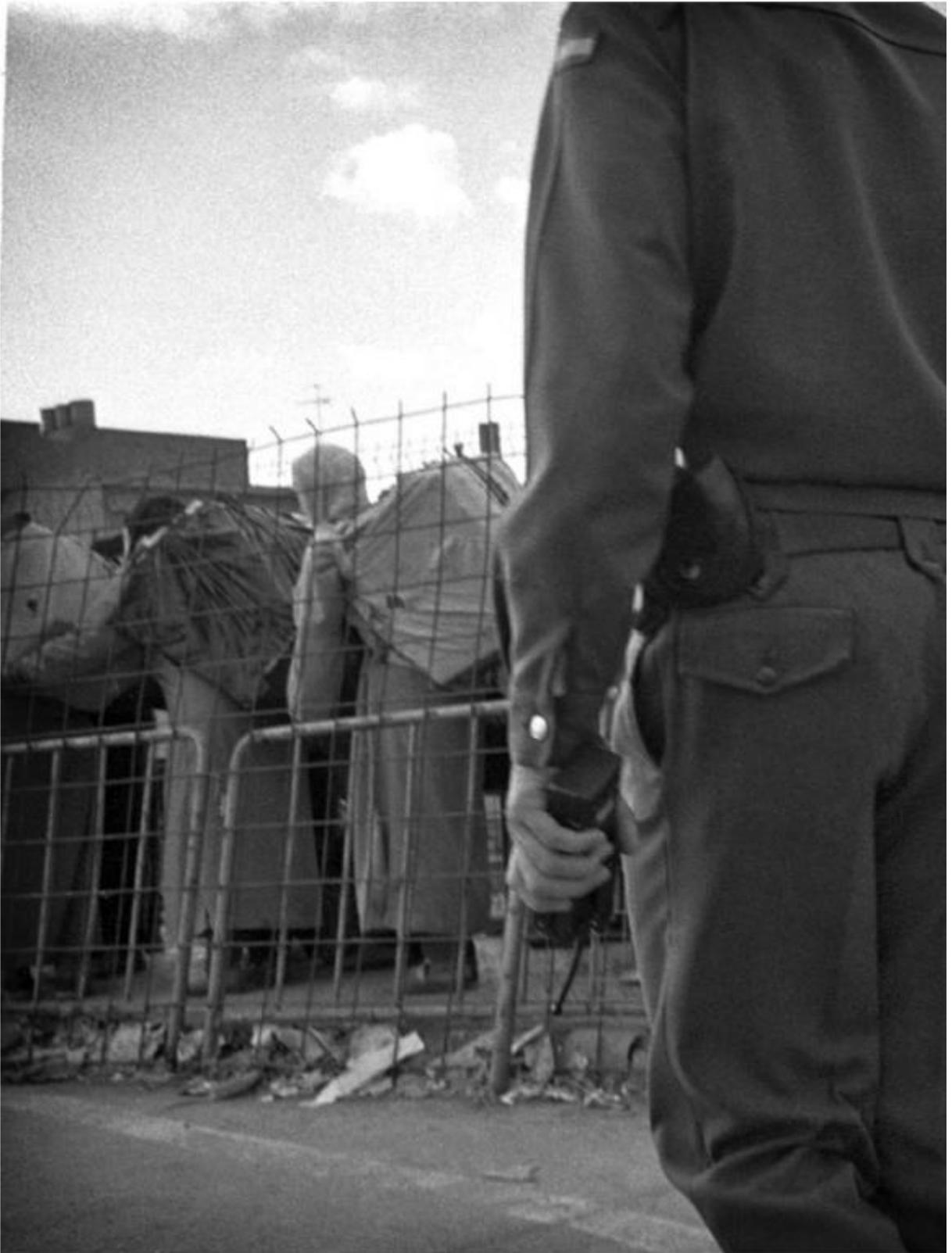


«Que Dios nos proteja»

«Se ve que la cosa está cambiando. Hay pocas mercancías, y a veces ni tan quiera puedo realizar un viaje. Y te vas a casa así, con las manos vacías. Si esto sigue así no podremos continuar trabajando aquí y tendremos que ir a otro sitio. ¿A dónde? Pues no lo sé; en el fondo, esta frontera, estos bultos que tú ves, hijo mío, es lo único que tengo. Que Dios nos proteja».

*Zaida, 58 años  
Porteadora, casada, con tres hijos a su cargo  
Originaria de Beni Chicar*







«...al fin y al cabo es lo único  
que puede darnos esta región»

«Todos los que estamos aquí vivimos gracias a la frontera, al fin y al cabo es lo único que puede darnos nuestra región, ser mulos de cargas ¿Acaso -entre risas- servimos para otra cosa? (...), es un lugar donde siempre había trabajo; venías, te presentabas frente a un patrón, y te daba un bulto. Poco a poco te vas acostumbrando a los días de lluvia y sol, a los empujones, a los gritos de los perros aduaneros y a la incertidumbre de si hoy habrá mercancía o no. La frontera es algo duro, pero qué hubiese hecho yo si no hubiera tenido la posibilidad de venir todos los días y llevarme a casa al menos 50 dh; ¿quién me hubiese ofrecido algo mejor?»

*Mohammed, 51 años  
Porteador, casado, y tres personas a su cargo  
Originario de Nador*







## Mokthar Mohatar

Melilla, 1974. Doctor en antropología por la École Études en Sciences Sociales (París). Ha desarrollado numerosas investigaciones de campo sobre las transformaciones sociales de la región del Rif. Ha trabajado en una película documental sobre el Rif junto al realizador Juan Luis De No y dirigido el proyecto *Atlas de la inmigración marroquí en Andalucía* (Centro de Estudios Andaluces. Junta de Andalucía).



## J. A. López

Granada, 1967. Graduado en Artes Aplicadas, especialidad Fotografía Artística, por la Escuela de Arte de Granada. Completa su formación en diversos cursos y talleres, tanto fotográficos como de otras ramas artísticas y creativas. Durante cinco años dirigió la revista *La Cámara Oscura*. Ha mostrado su obra en diversas exposiciones individuales y colectivas.



En torno al zoco se aglutina toda la vida social del Rif, a él acuden regularmente los campesinos y artesanos a vender, trapichear, solicitar crédito u orar en comunidad; también es el lugar donde se dirimen las pasiones humanas, donde se intercambian noticias y el rumor se amplifica. Desde comienzo del año 2000 Mokhtar Mohatar y J. A. López han visitado gran parte de los zocos de la zona, mezclándose con los lugareños, compartiendo con ellos y disfrutando con sus historias han ido componiendo una imagen del lugar, porque lo que aparentemente nos ofrecen los zocos nada tiene que ver con lo que realmente son.

Este libro es, a la par de un estudio sociológico, un cuaderno de viaje, o una recopilación de relatos, donde los propios rifeños nos muestran cómo son sus vidas y los cambios que estos tiempos de incertidumbre les imponen. Un libro imprescindible para conocer que ocurre en una región tan cercana y tan lejana a la vez.

Fotografía, Sociología  
[www.vagamundos.org](http://www.vagamundos.org)

978-84-936774-9-7



# El Rif

*Mokhtar Mohatar*  
*J. A. López*



Editado por Ediciones Traspies

[www.traspies.com](http://www.traspies.com)

[www.vagamundos.org](http://www.vagamundos.org)

[foto@traspies.com](mailto:foto@traspies.com)

Corrección a cargo de Javier Sevilla Hurtado

© del prólogo José Antonio González Alcantud

© de los textos Mokhtar Mohatar y José Antonio López

© de las fotografías José Antonio López

© de la edición Ediciones Traspies, C. B.

ISBN 978-84-936774-9-7

Depósito Legal: GR 3463-2010

Impreso en SanPrint, S.L.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

# *La paz de los zocos*

José Antonio González Alcantud

Entre las varias características que revestía el zoco rural en el histórico al Andalus destacaremos que era un lugar de paz en medio de una sociedad, como todas, donde la confrontación era norma cotidiana. Para que las transacciones comerciales funcionasen el estatuto de inviolabilidad personal debía estar asegurado en el zoco, y se necesitaba, además, de una paz que garantizase el intercambio. Nada era tan temido en el zoco como una lucha inesperada que diese lugar a un saqueo<sup>1</sup>. En definitiva, el zoco histórico era muy similar, hasta la llegada de Abdelkrim, que impuso un nuevo orden en el Rif, a los zocos rifeños contemporáneos. Con anterioridad al líder rifeño, no sé si afortunada o desafortunadamente, estas sociedades eran consideradas segmentarias por su tendencia a la confrontación inter e intra tribal<sup>2</sup>. En el mercado, por lo demás, los precios estaban regulados por una suerte de espontánea economía moral, cuyo fin era evitar los excesos, ya que el zoco era, por antonomasia, el espacio en el que los comerciantes multiplicaban el valor de las cosas artificialmente, pero, como decíamos, en un medio pacificado.

Más allá del mundo rural, la ciudad andalusí, y por ende la magrebí, no podía entenderse sin esos nervios medulares que nos describió en toda su intensa vida Juan León el Africano en el siglo XVI. Éste describe con admiración el frenético movimiento de los mercados de Fez en la parte de su Descripción de África titulada “De la diversidad de artesanos, tiendas y plazas”, y en las pormenorizaciones que la siguen.

Incluso llega a descubrir en el frenesí de los zocos de Fez la existencia de sombrereros que se reclamaban de su natal Granada, y que fueron célebres hasta hace poco en muchos zocos mediterráneos<sup>3</sup>. Sin embargo, y a pesar del color y la riqueza que aportaban, para Ibn Jaldún, en el siglo XV, el comerciante no podía ser alguien ni íntegro ni caballeroso, ya que era condición suya emplear la astucia, la habilidad y el espíritu liante<sup>4</sup>. Lugares de paz, donde las pasiones humanas seguían ejerciendo libremente.

La conservación del zoco, sobre todo del urbano, y sus actividades, constituyó una de las políticas conservacionistas del “vieux Maroc” en época protectoral. Desde la matanza de franceses y judíos de abril de 1912 en Fez, que cuestionó por momentos la presencia francesa en Marruecos, la política del Protectorado francés consistió, al contrario de lo realizado en Argelia, en mantener y cuidar los zocos y sus actividades, como una parte sustancial de la vida tradicional. Sosteniendo a las corporaciones de artesanos de los zocos, como núcleo humano de una equilibrada y controlada vida social, se daba satisfacción a los autóctonos, y se lograba estabilizar el país. No se quería repetir la política de tierra quemada llevada a cabo en Argelia.

Los zocos rurales tuvieron un tratamiento parecido por el Protectorado español<sup>5</sup>. De hecho, los españoles los “dignificaron” en el Rif y Yebala, añadiéndoles puertas y arquitecturas neomoriscas, amén de servicios higiénicos y médicos. Pero las mutaciones profundas no se hicieron esperar. Por el atlas de los zocos del norte de Marruecos que elaboró J. F. Troin comprobamos que la cantidad de los desaparecidos o trasladados en el Rif, en comparación con área urbanizadas como la de Fez, es muy alta; y segundo, que en las zonas urbanizadas se crearon muchos más zocos que en las rurales<sup>6</sup>.

Lo cierto es que los zocos rifeños fueron reorganizados y concentrados en época protectoral, tanto en el lado francés como en el español. Pero a pesar de esas modificaciones, en la época en que escribe Troin, hace cuarenta años, los zocos rifeños todavía llevaban una existencia tradicional.

Los zocos, por demás, son un tema recurrente de la ciudad islámica. Está claro que sin ellos no existiría la ciudad marroquí tal como la concebimos. Empero, frente a la fortaleza del zoco urbano, solemos intuir que los rurales están abocados a desaparecer, empujados por el irremediable declive de la población campesina. Antes nos parecían eternos, ahora cada vez que los contemplamos la primera duda que nos asalta es cuándo acabará ese abigarramiento. De hecho, los zocos rurales que permanecen se van urbanizando, dando paso a verdaderas ciudades. Ni siquiera se nos ocurre dudar de que el empuje de la economía de mercado a la occidental, con sus concentraciones urbanas y sus grandes superficies comerciales, vaya a triunfar a corto plazo. El zoco se nos presenta como un retazo del pasado, de pesos y medidas anticuadas, de productos aberrantes, como los de esas tiendas consagradas a vender extraños objetos de hechicería, de relaciones laborales arcaicas, etc. Cuando vemos otros zocos en sociedades como la siciliana o la napolitana, pensamos automáticamente que no estamos en Europa, y que su vistosidad responde a una supervivencia de un pasado que imaginamos más oriental que occidental. Algo de premoderna caoticidad sobrevuela nuestras imaginaciones: el zoco como espacio de pasiones, trueques, calles estrechas y adarves de la razón. Se planteaba el geógrafo Troin si no podrían servir estos zocos del Rif, humanizados y vivos, de modelo para equilibrar el denso mundo anónimo de los súper e hipermercados que comenzaban a anegar Occidente en su época. El caso es que

hoy sabemos que con toda probabilidad la economía de las grandes superficies no podrá acabar con este mercachifleo del zoco. De hecho, en todas las sociedades occidentales en los últimos lustros han vuelto a tomar fuerza los mercados semanales. El zoco, pues, contra lo que podría pensarse, vive, y llega al centro de las megalópolis de la modernidad.

El zoco del que nos hablan, con sus excelentes fotos y textos escogidos con inteligencia, José Antonio López y Mohatar Marzok, es un zoco rural, ciertamente. Está en el corazón de una zona rural, donde con frecuencia regular acuden los montañeses a vender, trapichear, solicitar crédito, orar juntos u obtener satisfacción a sus querellas. El morabito del santo cheik, que protege y da baraka, símbolo de un Islam más heterodoxo de lo que quisieran los ulemas de las ciudades, lo preside todo. El zoco en el Rif era y es también el lugar donde dirimir las pasiones humanas. Es sitio, asimismo, donde se intercambian noticias y el rumor se amplifica. Y en torno a él la vida montañesa alcanza densidad societal. Cuando el viajero pasa por el Rif o por cualquier otro zoco rural del Magreb, un profundo olor a carne asada lo envuelve. A veces un carnicero sacrifica ante nuestras narices un cordero que nos vende semimuerto aún, retorciéndose en su agonía. Cruce de caminos entre la vida y la muerte, el zoco es la parte más humana de nuestra existencia. Casi podríamos aseverar con cierta exageración que en los zocos nos reconciliamos con la vida en tanto colectividad.

Mas, el trabajo fotográfico y etnográfico que aquí se presenta, debido a la colaboración del antropólogo Mohatar Marzok y del fotógrafo José Antonio López, no es un simple relato fotográfico. Responde a la necesidad posmoderna de captar la realidad en fragmentos sin perder por ello el sentido último del discurso, es decir lo que se quiere decir, pero sin

imponer el ideologema interpretativo. Así, nuestros autores han captado fotográfica y gráficamente varios problemas en instantáneas fotográficas y textos breves. Llama, por ejemplo, poderosamente la atención la baja autoestima de los artesanos y actores sociales del zoco, que parecen haber perdido sus ancestrales dignidades: “esto no es un trabajo”, repiten. Un trabajo, nos vienen a decir, es lo que hacen en la ciudad. Allí reencuentran la dignidad, tras un sueldo regular, aunque sea en un trabajo desprovisto de creatividad. Esta suerte de enfermedad moral, ocasionada por la baja autoestima, empuja a quienes la sufren a abandonar el campo, y por ende el zoco rural. Nuestros autores han localizado, pues, un verdadero problema. Sólo con ello este pequeño y delicioso libro ha dejado de ser una simple colección fotográfica con tipos sociales más o menos clochardizados. Es un testimonio de cambio, y de preguntas, que cual boomerang, se vuelven directamente hacia nosotros, interpelándonos.

Por el contrario de este vacío existencial, en Marruecos me ironizaban a propósito de la crisis económica que vive el mundo occidental: “¿Qué crisis?, ¿Hay crisis? Nosotros no lo hemos notado en los zocos”. Ciertamente, el zoco, basado en lo directo de las transacciones, es garantía de que estamos vivos. De que la economía moral, cuyo simple enunciado parece hoy una suerte de broma, sigue prevaleciendo en amplios lugares del planeta, y en particular en el Rif. Quienes los abandonan, por tedio o baja autoestima están condenados a recrearlos en las ciudades. Seguramente, acabarán teniendo nostalgia de la paz de los zocos, y de su paradójica agitación.